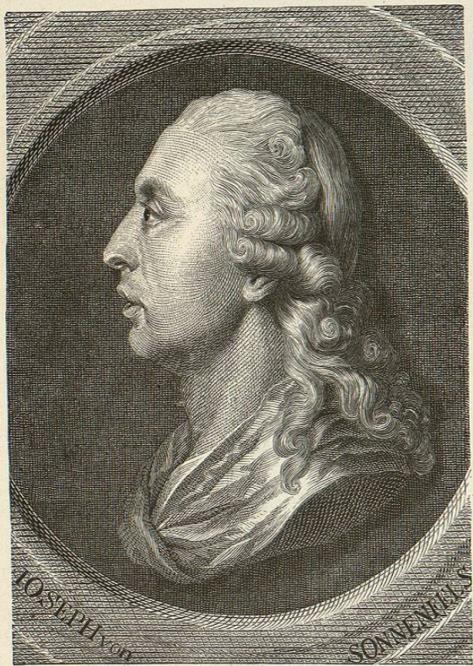


sado de la cátedra; pero María Teresa y sus ministros le mantuvieron en ella y le colmaron de honores. Su hijo, José Antonio Riegger, profesor en Friburgo y en 1778 en Praga, y José Valentin Eybel, discípulo del padre y su sucesor en la cátedra de derecho canónico, siguieron las huellas del gran Riegger. Eybel fué mas allá aun que su maestro. En 1779 dejó el profesorado para hacerse cargo del gobierno de la Alta Austria, donde se conquistó nuevo renombre con la supresion de los conventos. El mas famoso juriconsulto, despues de Riegger, fué Carlos Antonio Martini (1726-1800), á pesar de que su posicion como funcionario público le hubo



José de Sonnenfels. Copia de un retrato hecho por J. Messner

de alejar de la ciencia. Desde 1754 á 1778 enseñó en la universidad de Viena el derecho natural y el derecho romano; al propio tiempo era individuo de la censura y de la comision áulica de estudios; despues fué consejero áulico en el supremo tribunal de justicia y miembro de la cancillería áulica, y por último fué nombrado consejero de Estado en 1782 y vice-presidente del tribunal supremo en 1787. Todos sus escritos pertenecen á la esfera del derecho natural y del derecho civil positivo, y obedecen al criterio racionalista de la moderna ciencia jurídica. Martini era un gran pensador, moderado en sus opiniones; y á pesar de los ataques que le dirigian, siempre supo mantenerse en los límites de la moderacion. Como individuo de la comision legislativa conquistó gran influencia por sus trabajos en la formacion de un nuevo derecho civil acomodado á la forma y al espíritu del derecho personal (1).

Como principal representante de la civilizacion en Austria era y es tenido todavía con razon José de Sonnenfels (1733-1817), uno de los caracteres mas notables de su época, autodidáctico, sabio ecléctico, libre pensador, hombre de Esta-

(1) Volpi, *De la vida y obras del baron A. Martini*, 1834.

do, activo, trabajador, altanero, de irrepreensibles costumbres y de firmes convicciones (2). Sabido es que descendia de padres judíos y que en su juventud habia pasado por períodos críticos. Su primer trabajo fué una disertacion jurídica sobre el derecho alemán. Riegger le introdujo en la sociedad alemana; y publicó, entre otros escritos, varios artículos ya en el semanario *El Mundo*, ya en la *Biblioteca de bellas letras y artes liberales* de Leipzig. Un «discurso sobre María Teresa» que respiraba lealtad y que fué impreso en 1762 le dió á conocer á los gobernantes: el consejero de Estado Borié y Kaunitz le confrieron la cátedra de política y de hacienda en la universidad de Viena. Su primera alocucion versó «sobre la insuficiencia de la experiencia en los asuntos de Estado,» inaugurando con ella la senda de la nueva teoría política. Los hombres de la antigua escuela le declararon la guerra; pero la opinion pública le fué favorable; siguió consecuentemente su camino y triunfó de todos los obstáculos. En los primeros años continuó tomando parte en el movimiento literario general. En 1765 comenzó á publicar el semanario *El desprecupado*, en el cual combatió el antiguo teatro popular, el pesado arlequin y la primitiva farsa. Su estilo no es bello ni elevado, pero todo cuanto escribe es claro, sencillo y trascendental. Sonnenfels fué el Nicolai, no el Lessing, de Austria; no fué elogiado por Goethe; estuvo (1768-1770) en relaciones con el sabio Klotz y trabajó secretamente para impedir que Lessing fuese á Viena. Este, en una carta, le llama «hombre falso é infame,» y queria enviarle un cartel de desafío; pero habiéndole escrito Eva König cuán consternados tenia esto á Sonnenfels y á su familia, cesó en su enemistad diciendo: «Basta que esté bien conmigo para que todo le salga mal (3).»

Mayor y mas duradera fué la influencia que ejerció Sonnenfels con sus discursos y obras científicas. En 1765 salió á luz su «Ciencia de la policía;» en 1768 la «Ciencia mercantil,» en 1776 la «Ciencia económica» y en 1777 sus «Disertaciones políticas.» En ellas se ve en seguida que trata de las cuestiones mas importantes sin profundidad científica y sin fuerza creadora. Sonnenfels es ante todo ecléctico, pero sabe acomodar los conocimientos propios y los ajenos á las corrientes de la época y á las tendencias políticas del gobierno. Trata de todos los ramos de la política, combate la tradicion, rinde homenaje al progreso; pero como á todos los propagadores le falta el conocimiento de los fundamentos históricos de la vida del Estado y del pueblo. Escribe sobre el Austria como si esta nacion procediera de las selvas primitivas y no hubiese tenido nunca una constitucion, una fisonomía popular, hombres científicos y artistas. Solo conoce el Estado natural, no el político; adula á la alta nobleza y truena contra la de menos categoría. En uno de sus escritos hace una distincion entre la aristocracia alta y media y los plebeyos ennoblecidos. «La suerte favorable, escribè, nos ha hecho nacer en un Estado en que la nobleza no desdèña los servicios de las demás clases, porque tiene conciencia de los suyos propios; en que los ciudadanos mas ricos son tambien los mas útiles; en que el nacimiento por las dotes personales de la nobleza pierde todo lo contingente y en que los descendientes devuelven á los famosos sepulcros de sus antepasados, por lo menos tanto como de ellos han recibido (4).» En el «Ensayo sobre las relaciones de las diversas clases entre sí» dice (5):

(2) Wolf, *Cuadros históricos del Austria*, II, 318-323.—W. Müller, *José de Sonnenfels*.—Kopetzky, *José y Francisco de Sonnenfels*, Viena 1882.

(3) 3 de diciembre de 1772. Schöne, *Correspondencia entre Lessing y su esposa*.—H. Rollet, *Cartas de Sonnenfels*, 1874, F. Kopetzky, obra citada, 107-192.

(4) *Disertaciones políticas*, 1777.

(5) *El desprecupado*, Imágen de la nobleza, IV, 222.

«El aumento de la alta aristocracia no es de temer, pero la pequeña nobleza merece llamar la atencion del monarca. Si la nobleza media fuese mas numerosa de lo que es en relacion con las otras clases, tendríamos una inmensa multitud de pobres y orgullosos.» Como casi todos los reformadores del siglo XVIII, fué Sonnenfels partidario de un absolutismo ilustrado; y en una de sus poesías, hizo decir al emperador Francisco I estas palabras dirigidas á su hijo: «Domina sobre ciudadanos que no estén sujetos á servidumbre; funda en sus corazones tu poder.» En un trabajo sobre «El amor á la patria» (1771) establece una distincion, bien que segun el sistema antiguo, entre la monarquía, la aristocracia y la democracia. Tito, Adriano y Marco Aurelio son para él modelos de monarcas; el Estado nace de la union de varios hombres para atender á la mutua seguridad y á las comodidades de la vida, y su objeto es la felicidad general; la religion es el lazo mas suave de la sociedad y el monarca no debe dejar de la mano este «cable;» en las poblaciones rurales la religion debe hacer las veces de educacion y de moral; la virtud política ó social es la habilidad para armonizar la conducta con las leyes de la sociedad; el Estado debe pensionar á los abogados y á los sacerdotes; las pensiones á los funcionarios públicos no son una gracia, sino el pago de los servicios y del derecho; el número de habitantes es condicion para la riqueza del Estado, y por tanto el aumento de la poblacion es uno de los fines esenciales de la política; las grandes ciudades restringen este aumento, al paso que perjudican al cultivo del suelo, y por consiguiente se oponen á la sabiduria del Creador, que quiso que los hombres se multiplicaran; el celibato de los soldados y de los obreros agremiados es condenable; debe obligarse á los padres á casar y dotar á sus hijos; nadie tiene derecho para emigrar; el nacimiento ilegítimo no es una mancha; todos los hombres deben trabajar en alguna ocupacion para que produzcan utilidad, etc., etc. Antes de Sonnenfels, habia enseñado la ciencia política en Viena, hasta el año 1754, Juan Amadeo Justi; y á su ejemplo combatió Sonnenfels la institucion histórica del Estado, la nobleza y magistratura hereditarias y la servidumbre de los labradores; pero Justi se apoyaba sobre todo en Montesquieu, y Sonnenfels en Rousseau; y entre los alemanes mas se parecia á Schlözer que á Justo Möser.

Ecléctico fué tambien Sonnenfels en sus opiniones económico-nacionales (1); pues en la ciencia política se apoyaba en Justi, y en las doctrinas acerca de la nobleza en el francés Fourbonnais, atendiendo mas á los preceptos prácticos que al análisis científico. Considera la economía nacional solamente desde el punto de vista del Estado; en comercio es mercantilista y en agricultura es fisiócrata; divide los ingresos públicos en rentas en metálico, productos de los bienes rústicos y producto de los servicios públicos; sostiene que la exportacion reporta beneficios, la importacion de géneros extranjeros solo produce pérdidas, y que el dar enriquece, mientras el recibir empobrece; recomienda que se dividan en pequeñas partes los bienes rústicos, limitando así las grandes propiedades; que se utilice el suelo para la produccion agrícola y tiene por terreno perdido los jardines, los corrales, los viveros y los paseos con árboles delante de los edificios, de suerte que los terrenos no cultivados deberian pasar á manos del Estado; censura la exencion de impuestos en favor de la nobleza y del clero, las leyes sobre la usura, la prohibicion del lujo y todos los monopolios. El Estado en su concepto solo debe tener fábricas cuando se trate de crear un nuevo ramo de industria: sus opiniones acerca de esta y de las manufacturas corresponden á la práctica de su época:

(1) Roscher, *Historia de la economía nacional*, 533.

«El aumento de la alta aristocracia no es de temer, pero la pequeña nobleza merece llamar la atencion del monarca. Si la nobleza media fuese mas numerosa de lo que es en relacion con las otras clases, tendríamos una inmensa multitud de pobres y orgullosos.» Como casi todos los reformadores del siglo XVIII, fué Sonnenfels partidario de un absolutismo ilustrado; y en una de sus poesías, hizo decir al emperador Francisco I estas palabras dirigidas á su hijo: «Domina sobre ciudadanos que no estén sujetos á servidumbre; funda en sus corazones tu poder.» En un trabajo sobre «El amor á la patria» (1771) establece una distincion, bien que segun el sistema antiguo, entre la monarquía, la aristocracia y la democracia. Tito, Adriano y Marco Aurelio son para él modelos de monarcas; el Estado nace de la union de varios hombres para atender á la mutua seguridad y á las comodidades de la vida, y su objeto es la felicidad general; la religion es el lazo mas suave de la sociedad y el monarca no debe dejar de la mano este «cable;» en las poblaciones rurales la religion debe hacer las veces de educacion y de moral; la virtud política ó social es la habilidad para armonizar la conducta con las leyes de la sociedad; el Estado debe pensionar á los abogados y á los sacerdotes; las pensiones á los funcionarios públicos no son una gracia, sino el pago de los servicios y del derecho; el número de habitantes es condicion para la riqueza del Estado, y por tanto el aumento de la poblacion es uno de los fines esenciales de la política; las grandes ciudades restringen este aumento, al paso que perjudican al cultivo del suelo, y por consiguiente se oponen á la sabiduria del Creador, que quiso que los hombres se multiplicaran; el celibato de los soldados y de los obreros agremiados es condenable; debe obligarse á los padres á casar y dotar á sus hijos; nadie tiene derecho para emigrar; el nacimiento ilegítimo no es una mancha; todos los hombres deben trabajar en alguna ocupacion para que produzcan utilidad, etc., etc. Antes de Sonnenfels, habia enseñado la ciencia política en Viena, hasta el año 1754, Juan Amadeo Justi; y á su ejemplo combatió Sonnenfels la institucion histórica del Estado, la nobleza y magistratura hereditarias y la servidumbre de los labradores; pero Justi se apoyaba sobre todo en Montesquieu, y Sonnenfels en Rousseau; y entre los alemanes mas se parecia á Schlözer que á Justo Möser.

«El aumento de la alta aristocracia no es de temer, pero la pequeña nobleza merece llamar la atencion del monarca. Si la nobleza media fuese mas numerosa de lo que es en relacion con las otras clases, tendríamos una inmensa multitud de pobres y orgullosos.» Como casi todos los reformadores del siglo XVIII, fué Sonnenfels partidario de un absolutismo ilustrado; y en una de sus poesías, hizo decir al emperador Francisco I estas palabras dirigidas á su hijo: «Domina sobre ciudadanos que no estén sujetos á servidumbre; funda en sus corazones tu poder.» En un trabajo sobre «El amor á la patria» (1771) establece una distincion, bien que segun el sistema antiguo, entre la monarquía, la aristocracia y la democracia. Tito, Adriano y Marco Aurelio son para él modelos de monarcas; el Estado nace de la union de varios hombres para atender á la mutua seguridad y á las comodidades de la vida, y su objeto es la felicidad general; la religion es el lazo mas suave de la sociedad y el monarca no debe dejar de la mano este «cable;» en las poblaciones rurales la religion debe hacer las veces de educacion y de moral; la virtud política ó social es la habilidad para armonizar la conducta con las leyes de la sociedad; el Estado debe pensionar á los abogados y á los sacerdotes; las pensiones á los funcionarios públicos no son una gracia, sino el pago de los servicios y del derecho; el número de habitantes es condicion para la riqueza del Estado, y por tanto el aumento de la poblacion es uno de los fines esenciales de la política; las grandes ciudades restringen este aumento, al paso que perjudican al cultivo del suelo, y por consiguiente se oponen á la sabiduria del Creador, que quiso que los hombres se multiplicaran; el celibato de los soldados y de los obreros agremiados es condenable; debe obligarse á los padres á casar y dotar á sus hijos; nadie tiene derecho para emigrar; el nacimiento ilegítimo no es una mancha; todos los hombres deben trabajar en alguna ocupacion para que produzcan utilidad, etc., etc. Antes de Sonnenfels, habia enseñado la ciencia política en Viena, hasta el año 1754, Juan Amadeo Justi; y á su ejemplo combatió Sonnenfels la institucion histórica del Estado, la nobleza y magistratura hereditarias y la servidumbre de los labradores; pero Justi se apoyaba sobre todo en Montesquieu, y Sonnenfels en Rousseau; y entre los alemanes mas se parecia á Schlözer que á Justo Möser.

Durante la década de 1765 á 1775, hubo una excitacion verdaderamente febril en toda el Austria: la actividad general y el sentimiento ideal parecian garantizar la victoria de las nuevas ideas, las cuales, bajo la proteccion del progresista emperador, tenian ancho espacio para desenvolverse en todos sentidos. Los adeptos á las nuevas tendencias, Gebler, Sperges, Borié, Petrasch, Sonnenfels, Birkenstock, Born y otros desempeñaban cargos y dignidades oficiales. Los alemanes y los austriacos pensaban en la creacion de una Academia de la lengua alemana, y otra de ciencias; pero en el estado en que se encontraban las cosas, hasta Klopstock y Lessing se habrian visto en la imposibilidad de fundar en Viena el punto de partida de una nueva época literaria. Además faltaban la tranquilidad del trabajo, el respeto á la ciencia, y la libertad de creencia y de pensamiento. El anciano Uz tenia razon al decir en 1769, cuando se trataba de la creacion de una Academia de la lengua y del llamamiento

(2) Obras, VII, 25.—Müller, obra citada, 128.

(3) *Meditaciones de un ciudadano austriaco*, 1763.

(4) Prólogo á la coleccion de sus trabajos.

de Klopstock: «dulce sueño en el cual no creo.» El que profundizaba un poco, observaba la diversidad de opiniones, la dura resistencia de los antiguos elementos y la falta de energía y de consecuencia en todos los esfuerzos intelectuales. Las corrientes de la ilustración ateraban á los hombres de Estado y de Iglesia. María Teresa apoyaba á la Iglesia ortodoxa y á la antigua autoridad contra la libertad de conciencia; rechazaba la ilustración moderna y con ella toda la tendencia intelectual de su tiempo, mientras que José defendía la tolerancia religiosa, la igualdad de derechos para los pro-

testantes y la anulación de todos los privilegios políticos. José no hablaba nunca en sus cartas del antiguo derecho y del noble pasado, sino «de seguir las reglas del sano criterio, de la lealtad y del deber y los impulsos de la naturaleza.» En la corte, las disidencias entre madre é hijo permanecían ocultas; pero en las altas esferas sociales, lo propio que entre el pueblo, subsistía la lucha secreta y abierta por la divergencia de opiniones, aun despues que se hubieron cerrado «los dos ojos» y que con el reinado de José II brotaron por doquiera los frutos de la ilustración.

LIBRO TERCERO

JOSÉ II (1780 á 1790)

I. JOSÉ Y SUS MINISTROS

Persona y vida privada de José II.—Sus pretensiones.—Ideas políticas y eclesiásticas.—El canciller de Estado, príncipe Kaunitz.—El conde Chotek y Zinzendorf.—El Consejo de Estado.

La entronización de José II se verificó tan sencilla y tranquilamente como si ninguna modificación hubiese ocurrido en el poder supremo. La muerte de María Teresa fué notificada oficialmente tres días despues de haber ocurrido y la toma de posesión del gobierno por José lo fué en 9 de diciembre y en forma de rescripto que ordenaba á los ministros continuar despachando los asuntos sin «variación alguna (1).» El principio monárquico «el rey ha muerto ¡viva el rey!» existía en Austria; mas para el Estado en general no había coronación ni se prestaba homenaje. En las provincias alemanas, en Milán y en los Países Bajos los Estados prestaban el juramento al gobernador; en Bohemia y en Hungría, la Constitución ordenaba la prestación del homenaje personal; pero José vió en todo esto una nueva forma político-religiosa y se apartó de ella, manifestando en una carta que dirigió á los comitados húngaros que confirmaba á todos los funcionarios en sus puestos, así como los derechos y privilegios húngaros (2). De la Dieta del reino y de la coronación no se hizo mención alguna. La co-regencia de José no había levantado oposición; fué despues reconocido como soberano y rey legítimo; el pueblo austriaco y aun el húngaro mostraron gran confianza en él, y los poetas de circunstancias se apresuraron á pronosticar «la alegre perspectiva del reinado de José II.»

A las ruidosas fiestas que se habían celebrado durante el invierno de 1779 á 1780, sucedieron en la corte, en los primeros tiempos de José II, el silencio y la tristeza: todo el mundo estaba admirado de que nada aconteciera y de que el emperador no pareciera interesarse siquiera por las cuestiones militares. No había revistas ni maniobras; solo se permitieron, desde el día 24 de diciembre, las representaciones teatrales y la música en los espectáculos públicos, fundándose José para ello, como escribía al canciller supremo, en que «la verdadera aflicción no consistía en demostraciones exteriores y en que no era justo privar de sus beneficios á muchas personas.» El emperador solo parecía ocuparse en poner en

(1) Gaceta de Viena, 2, 9 y 30 de diciembre de 1780. Salía á luz dos veces á la semana.

(2) 30 de noviembre de 1787.

órden la herencia de María Teresa, que se encontraba en un espantoso desorden. Como quería ante todo ser señor en su casa, obligó á sus hermanas Mariana é Isabel á que salieran de Viena y en efecto la primera se trasladó á Klagenfurt, donde se le había preparado una residencia, y la segunda á Innsbruck, donde, siguiendo la voluntad de María Teresa, entró de abadesa en un monasterio. «Las princesas, decía José en una órden dirigida al canciller, vivirán privadamente y no se tomará en cuenta, bajo ningún pretexto, ninguna recomendación suya para cargos eclesiásticos ó civiles.» También pareció molesta al emperador la compañía del archiduque Maximiliano, de suerte que este se retiró á su residencia de Mergentheim. José mantuvo más cordiales relaciones con sus hermanas de Francia y de Nápoles, y mostró siempre gran confianza á su hermano Leopoldo, gran duque de Toscana, á quien por lo menos al principio daba cuenta de todos sus planes políticos, de los resultados de su gobierno y de sus inclinaciones y placeres, con una franqueza y un abandono que no suelen verse entre un soberano y el futuro sucesor de la corona. Ya en 1781 le manifestó que le consideraba á él y á su primogénito, el archiduque Francisco, como sus más próximos herederos (3). En 1784, cuando José visitó la Toscana, se trató seriamente del llamamiento del archiduque á Viena y de la futura unión del Austria y la Toscana, de la permuta de los Países Bajos por la Baviera y de los progresos que habían de realizarse en la política interior. El gran duque se inspiraba en las mismas ideas, y al principio, se sometió á la voluntad de su hermano, pero pronto reinó entre ellos divergencia de opiniones, quejándose Leopoldo de que solo le habían enterado á medias del asunto. Al saber José algo de lo que decía su hermano, le escribió (4): «Si opinas de distinto modo que yo, dímelo con toda franqueza: me gusta que todos me digan la verdad y tú mas que nadie, porque ella me demostrará tu penetración y tu amistad.»

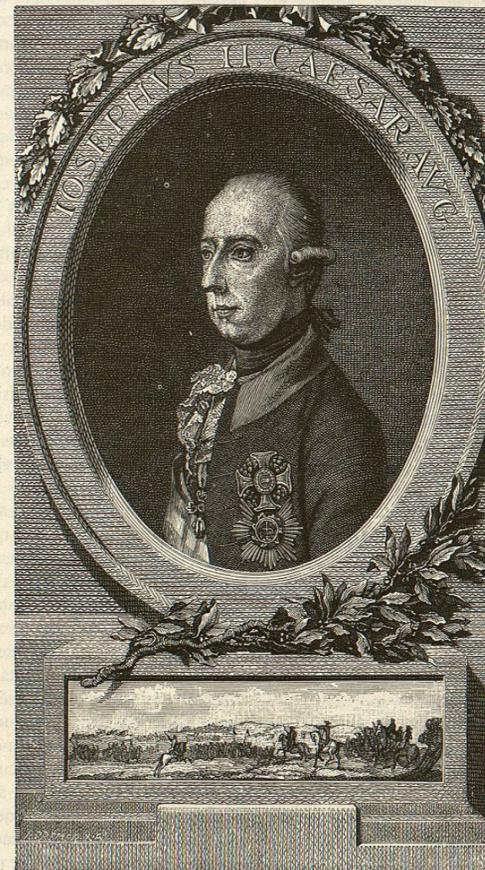
José II contaba entonces (1780-1781) cuarenta años y era todavía un hombre hermoso, de buena presencia, de regulares proporciones, de mirada franca, elevada frente y ojos de un azul tan bello, que se puso de moda el color «azul de ojos del emperador.» Su cabello era castaño claro, pero la prematura calvicie le obligó á usar peluca desde 1785. Comúnmente vestía el uniforme de su regimiento y en sus

(3) «Car le cas est très éloigné de mon mariage et d'avoir des enfants.» José á Leopoldo 23 de enero de 1781. Arneth, *Correspondencia*, I.

(4) 30 de setiembre de 1787.

viajes usaba el traje del ciudadano alemán, con sombrero y botas. Su salud se resentía de algunos achaques de escasa importancia: así en 1781 y en 1782 padeció una inflamación en los ojos y en 1784 una erisipela; tenía frecuentes catarros, y en 1787 se le desarrolló la enfermedad de pecho que le llevó al sepulcro. A pesar de esto, mostraba una actividad sin igual: hablaba mucho y bien y con una espantosa rapidez: preguntaba mucho, pero algunas veces no esperaba á que se le contestara. Siempre estuvo viajando; en 1781 visitó los Países Bajos y la Francia; en 1783 y 1784 la Italia; en 1786

la Hungría y la Galitzia; en 1787 la Crimea y en 1788 los campamentos de Hungría y Bohemia, presenciando las negociaciones y las maniobras. Confiaba demasiado en su salud y Kaunitz tenía que recordarle á menudo su deber, como soberano, de cuidar de su salud. La reina de Francia le escribió en 1780: «Cuidaos y conservaos, que todo esto nos debeis.» Vivía como un simple oficial y no le quedaba apenas tiempo para comer ni para dormir. «Procuró salir todos los días, escribía en 1781, á su hermano, y mi vida es metódica; trabajo desde las siete de la mañana hasta las dos



José II, emperador de Austria. Retrato sacado de un grabado en cobre de J. Adam

de la tarde y luego salgo á paseo; á las cuatro, como; luego vuelvo á trabajar hasta las nueve; tengo tertulia hasta las once y en seguida me acuesto; y así todos los días.» De nada le servían los cocineros de la corte: una cocinera le preparaba algunos manjares y comía tan precipitadamente, que en una comida en que tuviera convidados no pasaba más de media hora. No bebía mas que agua: raras veces probaba el vino. Ningún príncipe de su época fué menos aficionado que José á la disipación y á los placeres de la vida. Fué el primero de su familia que abandonó el antiguo lujo y que acercó el trono al pueblo. Al comenzar su reinado prohibió los grandes títulos y no permitió que se le besara la mano ni que se doblara la rodilla ante él «porque esto, decía, solo debe

hacerse ante Dios.» Suprimió la costumbre de que los guardias de corps nobles, cabalgasen al lado de los coches de la familia real; limitó á 36 el número de gentiles hombres de cámara y con frecuencia les relevaba de sus servicios. En un principio, mostróse aficionado á la caza; pero renunció á esta diversión desde que en 1784 le atacó, en el Brigittenau, un ciervo herido.

En el palacio de Viena habitaba los aposentos llamados departamento leopoldino: su gabinete de trabajo, el de la chancillería y las oficinas del Consejo de Estado estaban contiguos. En el curso del día salía con frecuencia de su gabinete y bajaba al entresuelo, á las llamadas oficinas de la intervención, donde daba audiencia á personas de todas clases y